

La sospecha, como método usado por Nietzsche para desenmascarar las propuestas antivitales y antiterrenales del nihilismo del resentimiento, encuentra su uso más fecundo en el análisis de la moral. Nietzsche se propuso en este campo estudiar la genealogía de la moral judeo-cristiana, con la finalidad de descubrir los impulsos, la voluntad de poder de la que brota la forma judeo-cristiana de valorar. Es lo que hace fundamentalmente en su obra La genealogía de la moral.

Nietzsche, como gran filólogo, acude a la etimología, para detectar el sentido primigenio que tienen los términos "bueno" y "malo" en las lenguas más antiguas. Según este autor, para los antiguos germanos y prácticamente para todas las culturas primitivas, el término "bueno" es sinónimo de noble, fuerte, poderoso, rico, pues la virtud es considerada la fuerza que impulsa a cada cual hasta su cumbre más alta. Fueron, en efecto, los hombres superiores, quienes se sintieron a sí mismos y a sus actos como buenos y consideraron "malo" todo lo bajo, débil, vulgar y plebeyo, a saber, las conductas propias del pueblo, la forma de vivir las castas inferiores. Fueron los nobles (en el sentido estamental) quienes establecieron una primera contraposición entre su moral, la moral de los señores y el resto, la moral de los esclavos. En el campo de la moral de los señores estaba el noble, con su forma de vivir y de actuar y en el campo de la moral de los esclavos estaban los sacerdotes, que eran antiguos señores, desposeídos de sus bienes y fortuna, que movilizaron en contra de los nobles y guerreros a todos los débiles, enfermos, fracasados, a la plebe.

En la mayor parte de las sociedades primitivas, la forma noble y aristocrática de valorar se impuso sobre la forma sacerdotal. Sin embargo, en el pueblo judío, un pueblo dominado por la casta sacerdotal, triunfó la forma sacerdotal, consiguiendo implantar en todos los grupos su valores y normas. Los sacerdotes movilizaron al pueblo contra los nobles y contra los pueblos vecinos más fuertes y poderosos que el pueblo judío, movidos por el resentimiento, por el deseo de revancha que suelen tener los fuertes contra los débiles. Este es el impulso que dio origen a la forma judía de valorar, esta fue la voluntad de poder subyacente a sus valores. Fueron los sacerdotes quienes realizaron la primera inversión de los valores, en relación con los ideales de las sociedades aristocrático-caballerescas.

Es en base a esta primera inversión como llegó a considerarse "buena" la compasión, la renuncia, la enfermedad, la debilidad ("Bienaventurados los pobres, los mansos, los que lloran, los que tienen hambre,...", dice Jesús en el Sermón de la Montaña). Contrariamente, se estimó "malo" el poder, la fortaleza, la salud, la crueldad y el goce.

Pero al entender de Nietzsche, como ya hemos dicho, el suelo premoral del que surge esta forma de valorar es un suelo de debilidad, de resentimiento del débil con respecto al fuerte, pues los resentidos y vengativos reprochan como moralmente mala la posesión de todo lo que ellos no tienen, estiman malos los placeres que ellos serían incapaces de disfrutar. Ha sido la impotencia de un pueblo de débiles la que ha dado origen a la forma judía de valorar. Pero ha sido esta forma de valorar la que ha terminado por imponerse en toda la cultura occidental a través del cristianismo, que heredó la normativa y valoraciones del

pueblo judío, recogiendo todos sus ideales debilitadores y enfermizos. Nada hubiera ocurrido si hubieran coexistido ambos tipos de moral, pero el cristianismo impuso universalmente sus valores y después toda la cultura occidental ha defendido de múltiples formas los mismos ideales, como ocurre en los movimientos democráticos y socialistas, que a juicio de Nietzsche son "hijos del cristianismo".

El medio usado por el cristianismo para imponer su moral ha sido la utilización sacerdotal de la mala conciencia, de la conciencia moral. La interioridad, eso que solemos llamar voz interior o conciencia moral, es para Nietzsche el resultado de una perversión de los instintos, pues todo instinto que no se desahoga hacia fuera se vuelve hacia dentro, dirigiendo toda su energía contra su dueño. Es esto justamente lo que ha ocurrido en nuestra cultura, pues al no poder exteriorizarse los instintos bélicos y agresivos, como ocurría en las sociedades primitivas, la crueldad como fuerza instintiva se ha dirigido contra el hombre, dando así origen a la conciencia moral. El hombre es siempre bestia o hacia fuera (a través de la guerra y la violencia) o hacia dentro (a través del automatismo de la conciencia moral).

Además de la creación de la conciencia moral, la forma cristiana y sacerdotal de valorar ha creado unos ideales, negadores de la vida, que Nietzsche denomina los ideales ascéticos.

El carácter negador y antinatural del ideal ascético se manifiesta en que le propone al hombre como tarea su debilitamiento, la negación y el rechazo de sus deseos naturales, la supresión de la voluntad de poder, del orgullo de tener, la repugnancia y vergüenza por todo lo instintivo y lo vital. La ascética es un recurso de la vida débil y enferma para seguir viviendo, pues propone la renuncia a los grandes sentimientos y a las grandes pasiones, para poder seguir arrastrando una vida debilitada y miserable, que de otro modo sería incapaz de sobrellevar.

Pero la crítica de Nietzsche apunta también al carácter nihilista de estos ideales, pues, como decíamos al principio, el ideal ascético está siempre mostrando un odio a lo humano, a los sentidos, a la felicidad. Y todo ello significa, en último término, una voluntad de nada, volcando todo el valor en la nada del más allá, negando el aquí y el ahora, este mundo terrenal de la inmanencia, que es nuestro auténtico mundo.

Por todas estas razones, Nietzsche ve necesario realizar una nueva transvaloración, una nueva inversión de los valores, que rompa con las propuestas que se esconden en la moral cristiana, moral de débiles, moral del rebaño, moral del resentimiento.

Tras la muerte de Dios, es el hombre, cada hombre quien debe ocupar el lugar del Dios muerto. Y a este hombre nuevo que se propone crear nuevos valores le llama Nietzsche superhombre.